

PSEUDOCUENTO

VÍCTOR FLORENCIO RAMÍREZ HERNÁNDEZ

*no asoman tras cortinas en busca de noticias
ni esperan a la sombra, cabeceando
no abanicán ni dormitan
no mastican cuentos ni escupen chismes
no caminan fatigosos, embarrando sus pesares en la calle
no se adornan con canas ni se visten de arrugas*

así son los viejos de mi pueblo

*no olvidan
no recuerdan*

Campanadas fortuitas. El aire mueve al metal y gime.

Después lleva consigo el lamento. Sollozos deambulan por los callejones del pueblo, se extiende sobre tejados y aleros. Los tañidos se dispersan. Unos tocan puertas, otros se apostan en los dinteles, otros más cruzan umbrales. El badajo alcanza ventanas; golpea, se asoma y entra. Ondas de sonido cruzan frente a rayos de un sol moribundo, amortajado en polvo y penumbras creciendo, que alarga en sombras sus estertores. Las puertas no se abren; no son tales. Las calles han dejado de serlo; no hay quien las cruce. No hay pisadas que mancillen a las piedras, no son lanzadas ni quebradas. Muros sin letreros, sin orines, calientes, agrietados y opacos; muros mudos. Ningún perro vaga por las calles ni ocupa postes; los cables cuelgan vacíos, huecos por dentro y por fuera; sin mierda de pájaro, sin mensajes, sin energía; tan sólo en jirones papalotes, péndulos aracnoides y esqueléticos.

Este lugar es así. Vacío de pesares, carente de ensueños y esperanzas, mi pueblo. Con la polilla ausente y los granos de madera fluyendo por inercia. Cerebros secos o cráneos vacíos; aquí no se envejece porque no se es joven. En mi pueblo ya no hay lamentos. No hay tampoco desesperanza, lástima ni resignación. Revoloteando sobre sus cabezas, como zopilotes, con los viejos se fueron la memoria y el olvido. Privado, carente de su pasado, ajeno a él, en mi pueblo tampoco hay presente. Sin mañanas no hay esperas, sin ayeres no hay despertar. Así, sin verdades, sin mentiras. Nadie defeca, ni maldice, ni come, ni canta, ni copula. En mi pueblo nadie muere.

